

CONTRA LA FE

Donostia

Septiembre - 1999



AGC

Conferencias

On s'abonne aux Bureaux du Journal, 5, LEVARD DES ITALIENNES

PRIX DE L'ABONNEMENT

17 F. 72 F.



Me dedico íntegramente a hablar contra la Fe, por la sencilla razón de que es la Fe la que constituye todo esto en lo que estamos metidos. Todo esto con lo que cargamos, todo este Sistema que padecemos, tanto el Sistema político como el económico, como el industrial, como el comercial, como la propia alma de cada uno y la propia vida privada de cada uno. Todo el Aparato está sostenido por la Fe, y, entonces, es normal que se hable contra aquello que lo constituye todo, contra todo eso que acabo de mencionar. Naturalmente, si alguien está contento, si alguien se encuentra a gusto, si le gusta el Régimen y lo que tiene encima y alrededor y dentro, pues no ha lugar a hablar contra la Fe; pero, si acaso le queda por debajo algo de común que no está a gusto con eso, que se sigue revelando contra ello, (y eso es justamente a lo que llamo en vosotros), entonces, apenas hace falta razonar que el hablar, este dejarse hablar, se dirija contra la Fe.

La Fe lo mueve todo. La Fe mueve montañas, como sabéis. Y si esto lo ha hecho siempre, bajo el Régimen que hoy padecemos, de la manera más ejemplar, más potente, más avasalladora: la Fe mueve la Empresa; la Fe mueve el Estado; la Fe mueve los Medios de Formación de Masas; la Fe mueve la constitución misma de toda la Realidad, que padecemos y que se nos vende. Uno se queda asombrado, por ejemplo, bajo este Régimen, considerando la manera en que las redes de comercio se establecen, se extienden, abarcan millones.

Uno se encuentra con que hay una muchachita que le vende una colección de cinco cuchillos de cocina, y unas tijeras de cocina, y además que le da de propina un reló despertador, todo por mil pesetas. ¡Qué maravilla! ¿Cómo puede ser esto? O entra en una tienda de todo a cien y se encuentra con que le dan una caja de excelente crema para las manos perfumada de limón por cien pesetas, y dice: "¡Qué maravilla! ¿Cómo puede ser esto?" Es un milagro cotidiano al que todos asistís, y efectivamente, ese es un milagro que solamente puede conseguirse contando con una red lo bastante bien organizada de vendedores ambulantes, y, subiendo más arriba, ejecutivos de Dios organizadores de todo el tinglado, y que lo hacen marchar. Esto es casi increíble. Para mí es un milagro del que no me canso de asombrar, y éste es un milagro de la Fe. Cualquiera de los ejecutivos en ciernes que se está preparando en una Escuela de Marketing o de Publicidad, aprenderá enseguida que lo primero es la Fe: tiene que creer en la Empresa. ¿Cómo todo este tinglado del que os acabo de dar un ejemplo se podría sostener si no se creyera en ello de la manera más firme? Tiene que creer en la Empresa el ejecutivo de Dios, pero sobre todo tiene que creer en sí mismo. "Fe en ti mismo", "fidelidad a ti mismo", esto es lo que en cualquiera de las capillas de esas Iglesias que os cito bajo el nombre de escuela de Marketing y demás se está predicando lo primero: tener Fe en sí mismo, seguridad en sí mismo. ¿Cómo puede uno de los ejecutivos, uno de los actores de estas empresas asombrosas, milagrosas, cómo puede uno aspirar a trepar en esa pirámide si no es con una Fe sin mella, una Fe cerrada en sí mismo, en sus propias potencias, una seguridad que le lleve cada vez más alto y con más éxito?

Hay enorme cantidad de empresas condenadas al éxito todas ellas. Las hay que fracasan, por supuesto. De todo tiene que haber en la viña del Señor, y, si no, este Régimen tampoco podría comprenderse. Las hay que fracasan y, efectivamente, todas ellas fracasan, en cuanto las analicemos un poco, por una Fe imperfecta, no bien establecida: porque por algún lado se ha colado allí en la organización algún elemento de inseguridad, de duda, de inteligencia, simplemente, de sentido común. Y claro, si eso se cuele, y, sobre todo, si se cuele demasiado pronto, ya no hay empresa que

progrese. Todo se viene abajo. Pero todas las que están condenadas al éxito, nos ofrecen este espectáculo de la Fe triunfante por todas partes.

Fijaos bien que 'fe' ya se nos está perfilando con un significado bien preciso, a través de mis ejemplos. 'Fe' quiere decir algo que se sabe. No la contrapongáis para nada, como en algunas especulaciones de literatos filósofos, con el Saber, con la Ciencia, Por el contrario, os estoy animando a que las confundáis, la Fe con la Ciencia y con el Saber: no en vano, en la Sociedad que hoy nos toca padecer, en el Régimen del Bienestar, las formas más escelsas de Fe se manifiestan en la Ciencia misma, en esos doctores que tiene la Iglesia allá en lo alto (como se decía en los catecismos de la vieja Fe), que lo saben, aunque por acá, al vulgo, no nos lleguen más que algunas formulaciones vagas, que no acaban de entenderse del todo; pero en todo caso sabemos que allá en lo alto hay quien lo sabe. Hay quien lo sabe, y, de vez en cuando, se aviene, a través de los Medios de Formación de Masas, a proporcionar alguna vulgarización de algunos de los elementos de la Fe, de la Ciencia. De forma que no distingamos para nada: la Fe es un saber, que además tiene este carácter de adhesión incondicional. Es un saber que además está cargado de esta seguridad de la que os vengo dando ejemplos. No voy a pasar todo el rato dando ejemplos. Simplemente quiero recordaros los que todos experimentáis y padecéis cada día. ¿Cómo puede haber una cosa como la Red Informática Universal? ¿Cómo es que eso puede funcionar? Cuando yo era niño y todavía me asombraba de los inventos más elementales (un fonógrafo: ¿cómo puede ser que la voz vaya y rebote, como me cuentan, en una membrana, y la membrana mueva una agujita, y la agujita vaya trazando unos surcos en una especie de material plástico que luego se endurece, de tal manera que cuando después se hace a la agujita correr por el mismo surco, el proceso se reproduce en sentido inverso, y entonces, a través de la agujita se viene a actuar sobre una membrana, la cual produce voz, y reproduce la voz tal cual?), cuando yo trataba de creerme esto de pequeño, pues nada: tenía que creerlo simplemente pensando en duendecillos que se encargaban de que semejante absurdo de hecho funcionara, y tuviera éxito. Y es una forma tal vez un poco demasiado elemental de decirlo, esto de los duendecillos, pero sigue siendo en lo profundo exacto: sin Fe, nada de eso funciona. Funcionan los elementos más increíbles, por ejemplo los que dan lugar a la Red Informática Universal y las páginas web y todos los demás inventos informáticos, funcionan de una manera increíble para el sentido común, pero perfectamente creíbles para la Fe, porque funcionan, porque de hecho tiene éxito y están establecidos, y cumplen sus promesas cada día. De manera que me podría seguir hartando de contaros milagros respecto a la Empresa de producción y de venta y demás, pero tengo tantos otros milagros de la Fe que recordar, que no puedo detenerme demasiado en estos. Simplemente con ese par de ejemplos que menciono os basta. La Fe, por otra parte, construye Estados, Imperios, constituye las poblaciones del mundo conformándolas y someténdolas a una especie de límites y de moldes definitorios de los que no se admite escapatoria ninguna, de tal forma que, si alguien se encuentra clasificado por su Documento Nacional de Identidad como español, pues ahí se acabó todo: no pases más allá, porque te estarías saliendo de los límites de la Fe. Si empiezas a preguntarte qué coños es eso de ser español, pues estamos ya en vías de perdición. En ese momento toda la operación de la Fe se puede venir abajo y entonces ya ni habrá España, ni habrá ninguna otra de las entidades, País Vasco o Europa o Humanidad, que se puedan sostener. Para que esas cosas se sostengan, para que esas entidades, fantásticas, pero reales, se sostengan y operen, hace falta la Fe. Hace falta el creérselo. Primero,

que cada uno se lo crea: después, que cada uno esté convencido de que no hace más que creer lo que todo el mundo cree, porque éstos son los pasos de la Fe: “creemos lo que vemos: lo que nos hacen ver; creemos que creemos lo que todo el mundo cree”; y así es como funciona este artificio y como se establece.

Podría recordaros (entonces cedería un poco a mis dudas respecto a la Historia misma), sin embargo, cómo esto se ha producido en la Historia que se nos registra. Recordad la formación y el sostenimiento de los grandes Imperios de antaño. Recordad los muchos milenios en que los Faraones egipcios, con pequeños cambios de dinastía mantuvieron un Imperio costante, milenios y milenios. La cosa, según la Historia nos lo cuenta, ha ido cada vez un poco más rápida. Efectivamente, el Imperio Romano no duró tanto, pero duró lo suyo también, duró un buen número de siglos. Y ¿Qué era aquello? Fe en el Faraón y sus dioses. Fe en Roma. Y solamente gracias a eso podían establecerse esas entidades increíbles, fantásticas, pero reales, de que la Historia nos da noticia. Los Imperios sucesivos han sido cada vez más cortos ¿Qué se le va a hacer? Parece que esto es una Ley del Progreso, y tal vez no tiene demasiada importancia, pero cada uno de ellos se ha establecido por la Fe. Recordad el Imperio Español, la conquista de América. Recordad la Cruz y la Espada, es decir, los símbolos de la Fe actuando. En ese caso era la Cruz, pero por supuesto que el símbolo puede ser otro cualquiera. Recordad los otros Imperios, la formación del Imperio Británico mismo, y recordad los principios que le asistían. Recordad la creación de los Estados Unidos de América: cosa más absurda no cabe en el mundo: ¿cómo se puede llegar a coger un trozo de tierra tan inmenso, tan heterogéneo, y apenas poblado en muchos sitios, y fabricar con eso un conjunto, y darle una entidad? Pues así se hizo. Así se ha hecho, y una creación de este tipo tan –diríamos- contra natura, tan maravillosamente fabricada por la Fe (en este caso principalmente la Fe de tradición puritana, y la tradición de Fe en el Trabajo y todo lo demás que va con eso), funcionó. Ahí tenéis otra maravilla. No olvidéis que los intentos más cortos todavía, y fracasados, como el del nacional-socialismo alemán o el del fascismo italiano, aunque fracasados, en definitiva, frente a otras creaciones de la Fe mucho más poderosas y seguras, como son las que se enfrentaron del otro lado en la última guerra, aún así y todo eran igualmente productos de la Fe, estaban hechos por una creencia firme, que movía los ejércitos, que movía las industrias de creación de elementos de guerra, que movía a los científicos inventores de todos los elementos que hicieran falta para llevar a cabo la cosa. ¿Para qué os voy a recordar más? Os estoy dando el espectáculo que todos tenéis alrededor y que lleváis al mismo tiempo dentro.

Si a alguno le gustan, en cuanto a lo que se refiere a la Empresa, los modos de producción y de venta que rigen en el Estado del Bienestar, si se encuentra acomodado en ellos, si encuentra que, seguramente, (como dicen los defensores de la Democracia de vez en cuando) por lo menos es el menor mal, y si alguno de ustedes lo siente sobre todo apoyado por la pequeña pantalla, el Órgano educativo por excelencia de la Sociedad del Bienestar, donde se le muestran los recuerdos de otros regímenes de la Historia que no funcionaban con la misma perfección que éste, y se le recuerdan las guerritas y las hambrunas y las pestes que hay alrededor del Mundo del Bienestar, y gracias a todo eso se encuentra a gusto, pues adelante con la Fe. Que siga creyendo, pero, por lo menos, que salga de aquí sabiendo que cree (porque ése será el punto al que tengamos que volver), sabiendo que está participando de una Fe que funda todas esas cosas. Y si recorriendo la Historia alguno a lo mejor se horroriza un poco más de los crímenes del Imperio español, o los de los nazis o cosas por el estilo, pues, bueno, tal vez partiendo de esos horrores y de esos descontentos que le producen las obras

de la Fe, a lo mejor esté un poco más cerca, no de estar de acuerdo conmigo, sino de sentir un poco en la misma onda en que os estoy hablando; pero que no se pare ahí entonces: si es capaz de llegar a sentir de veras a dónde llevan las creaciones de la Fe, que prolongue ese sentimiento sin contemplación alguna, que lo lleve a todos los sitios donde la Fe actúa, que son todos los sitios donde todos esos horrores se encuentran.

Ya veis que los motivos para hablar contra la Fe, para alguien que, evidentemente, no se siente del todo identificado ni contento con estos milagros de la Fe, son tantos que no se acabarían nunca. Lo que importa, tal vez, más ahora, es que piensen que sólo mintiendo, sólo imponiendo Fe, puede el Poder actuar. Ésta es la condición. Si ustedes son todavía tan superficiales que creen que pueden maldecir de determinadas formas de organización política, maldecir de determinadas formas de educación de los niños, a los que se les venden armas de guerra, de intentar subvenir a las desgracias que la Televisión les manda de los terceros o quintos mundos, y lamentarlas o intentar remediarlas y todo eso, y no establecen ninguna relación entre eso y el centro, el centro de todos nuestros males, entonces es que no he acertado a presentar la cosa. El arma primera de todos los horrores y los milagros que he citado es la mentira, es decir, la Fe. Sin la imposición de una mentira no hay imperio, no hay industria, no hay familia, no hay, ni siquiera, persona que funcione. Las armas, los ejércitos, las policías, los Ministerios de Justicia, todos los demás horrores de los que podría recitar una retahíla sin cansarme, todos esos vienen a posteriori, como consecuencia; pero Ejércitos, Tribunales de Justicia de un color o del otro, luchas, sea en el centro o sea en las márgenes del centro, hambres, reparticiones de miserias, todo eso viene como una mera consecuencia de lo que es central: la Idea. Hay unos que han tenido una idea, y que creen en ella, y sin una idea en la que creer no hay ni Industria, ni Ejército, ni Justicia, ni Estado, ni Familia, ni, como decía, Persona Individual, ésa a la que se invita a creer en sí misma.

Porque he citado los horrores de la vida pública, sobre todo, pero podría evidentemente seguir citando los horrores de la vida privada y mostrando cómo todos ellos están fundados en lo mismo. ¿Qué es Fe, en la vida privada? ¿Qué es por ejemplo la Fe matrimonial que regía en el antiguo Régimen y que, aunque no lo parezca, sigue rigiendo en éste? Es Fe de un saber. Es Fe de que el otro va a comportarse tal como yo sé que es. Es decir, es una Fe íntegramente llena de saber, perfectamente positiva, igual que la de los católicos en marcha conquistadora, igual que la de los nazis, la misma forma de Fe. Y si esto lo veis claro también respecto a las relaciones de la vida privada, lo veréis respecto a la propia persona individual, a ese asunto de la Fe en sí mismo, que es, después de todo, la última forma y la más profunda de aparición de todos estos males. Es uno que sabe quién es. Porque si yo empiezo a dudar de quién soy yo, como cualquier niño medianamente honesto duda, y cuando mayor a lo mejor también sigue dudando, gracias a que le queda algo de niño, si empiezo con eso, entonces mal camino llevo como ejecutivo de Dios ni en las industrias, ni en el ejército, ni en las artes, ni en el comercio, ni en ninguna otra cosa. Saber quién soy yo. Y este saber quién soy yo me lo dan, por supuesto, por un lado, los demás, la familia, esos padres, cuya principal ocupación durante los años o meses peligrosos en que el niño ya ha aceptado el idioma que le ha tocado alrededor, ha terminado la lucha con la lengua común, y se está haciendo un hombre, un hombrecito, o, por lo menos, una mujercita, que esté destinada a ser una mujercita de hombre, ya que mejor no pueda ser, en esos años los padres se ocuparan sobre todo de informarle de quién es: "Ése eres tú", y ésa es una Fe, como veis, que está en la fundación misma, en el cimiento de todo el sistema. Un niño a quien se coloca a los tres o cuatro años delante del es-

pejo y se le dice: "Mira qué guapita estás con ese lazo que te han puesto", "Mira ese chalequito qué bien te sienta", "Esa eres tú", un niño se rebela todavía y dice la verdad, y la verdad se dice por ejemplo: "Pero yo no soy ése", se queda diciendo el niño. Y ahí está el peligro. Si a esa voz que dice la verdad, que se rebela y dice "pero yo no soy ése", se le deja seguir hablando, entonces ni imperios, ni industria ni Dios que lo fundó. Todo abajo.

Es precisa pues, la Fe en todos los niveles, desde el personal hasta los más altos de la vida pública. Es precisa la mentira. Sin una idea de sí mismo, del prójimo o la prójima, una idea de la familia, una idea de la estructura de la sociedad que le ha tocado, una idea de la nación, una idea de cualquier cosa que sea, sin eso, no hay ni creaciones fantásticas como la Red Informática Universal, ni hay tampoco, por supuesto, holocaustos de Auschwitz ni hay Imperios Católicos Españoles, ni hay nada de eso. Elegid, si queréis, pero no penséis que podéis elegir en el sentido de coger los buenos productos de la mentira para condenar los malos. Eso no. Eso, según me vais oyendo, ya veis que no cabe. Uno, si ataca a la Fe, la ataca íntegramente. No puede pensar que la Fe lleve a producir cosas menos malas, que nos acondicionan la vida, que nos hacen vivir bajo un régimen no tan malo, y, al mismo tiempo, producir cosas muy malas y todo lo demás. No. La Fe es la misma. No hay más que una Fe; y las formas en que se manifieste y los grupos sociales a los que se refiera pueden ser distintos, pero son distintos precisamente para disimular este hecho fundamental de que la Fe es la Fe, es la misma en cualquier caso. Uno puede pensar, por poner ejemplos muy triviales, que la Fe de un muchacho que se ha hecho policía, y que lo sostiene en su puesto de policía, es una Fe a lo mejor distinta de la de un muchacho que ha venido a caer en una banda de drogotas y matones y que cogen a una chica y la violan en fila. Uno puede pensar que una es la Fe del policía y otra la del matón de la banda. Pues no. La Fe es la Fe. Y lo mismo que no puede, sin Fe, haber una policía, de la misma manera tampoco puede haber bandas de matones, ni skinheads, ni nazis, ni nada. Para lo uno y para lo otro se requiere esto: la Fe, y por eso no querría que os dedicarais a hacer distingos dentro de las formas de la mentira, porque me parece mucho más importante atender a lo que en todos esos casos se da de común.

Os he recordado brevemente algunas de las apariciones de la Fe. Algunos de sus productos de los que todos tenéis experiencia. Está claro que hay algo en mí que se rebela contra esos productos y que se rebela contra la idea, contra la mentira que le sirve de sustento y de motor. Pero yo no hablo aquí contra la Fe porque sirva para hacer cosas malas, porque sirva para producir cosas feas. Hablo contra la Fe porque es mentira. Lo otro, el que dé esos resultados de los que os he recordado ejemplos, tanto en la Historia, como a vuestros alrededores, como en la pantalla de televisión, como en vuestras vidas privadas de cada día, todo eso pueden ser sugerencias de que algo no marcha bien en eso de las ideas, en eso de la creencia, pero la verdad es que no habría motivo, ni habría desde donde atacarlo, si no fuera porque sencillamente es mentira.

El error contra el que me meto ahora, por tanto, es un error tal vez de los más generales y divulgados. Es el error de creer que la Realidad se sostiene sin Fe. Que a la Realidad no le hace falta que se crea en Ella. Si seguís presa de este error, entonces no hay nada que hacer. Si seguís creyendo que a la Realidad no le hace falta que se crea en Ella, que en este siglo de las luces o de las más que luces en que estamos, ya no hace falta Fe, que la Realidad es la Realidad sin más, entonces no hay nada que hacer, y de poco serviría todo lo que hablaríamos este rato. Hoy, como ayer y como siempre, la Realidad, la que se impone y la que se vende, requiere Fe, y sin Fe no se sostiene. Hay

pequeños cambios: por ejemplo, cuando nos hacían estudiar el catecismo, Fe era creer lo que no vimos; hoy Fe es creer lo que vemos, pero ¿qué más da? Si después de todo, en cuanto se analiza, viene a ser la misma cosa. Aquellas cosas tan bonitas de “¿Visteis vos nacer a Jesucristo? –No, Padre. –¿Visteislo morir y subir a los cielos? – No, Padre. –¿Creéislo? –Si lo creo. –¿Por qué lo creéis?–Porque Dios nuestro Señor así lo ha revelado y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña” (catecismo del Padre Astete, que fué el que a mí me tocó aprender de pequeño), hoy no tenemos estas cosas tan deliciosas, pero, si bien lo miráis, resulta que viene a ser lo mismo. Creemos lo que vemos, es decir, creemos lo que nos hacen ver. Y hasta tal punto nos contentamos con cualquier cosa, que si nos lo hacen ver por microscopio electrónico y nos hablan de virus, nos lo creemos, como si lo hubiéramos visto; y si nos hablan de agujeros negros por telescopio, nos lo creemos, agujeros negros formando parte de la Realidad también. Creemos lo que nos hacen ver. Esta es la forma de Fe más avanzada y más perfecta que hoy padecemos. Acompañada de esa especie de falsa comunidad o contracomunidad que es creer que hay un acuerdo: creer que yo creo lo mismo que tú crees. ¿No estamos los dos delante de la misma pantalla de televisión? ¿No estás viendo tú lo que yo estoy viendo? Entonces ¿es que tu Realidad no es la mía? Si. Evidentemente, yo creo que tú crees lo mismo que yo creo. Ésta es la condición, y con ella se va tirando.

La Realidad necesita Fe. Sin Fe no hay Realidad; y recordad que antes he identificado la Fe con el saber, con la Ciencia. Hace falta que se crea, lo primero, que las palabras con significado de la lengua que a uno le ha tocado designan las cosas correspondientes, tal como el diccionario lo dice. Ésta es la forma más elemental de la necesidad de la Fe. Que si en mi tribu hay una palabra que dice ‘manzana’ y otra que dice ‘pera’, es porque hay dos Realidades, una de las cuales es manzana y otra Realidad que es pera. Esto es lo más elemental y lo primero, y de ahí parte todo lo demás. Pero eso es (y con esto me iré acercando el final, con la confianza que se opone a la Fe) la operación nefasta de someter las palabras a la Realidad. Eso es ya justamente el fundamento de la mentira. No hay tal cosa como aquella noción de verdad que decían los escolásticos de la *adaequatio rei*, de que una palabra se pueda adecuar a una Realidad. No hay tal cosa como una Realidad independiente de las palabras, a la que las palabras de un idioma puedan adecuarse. Sin esa imposición del significado de una palabra determinada, no hay cosa, no hay personas, no hay Realidad. Es precisa la imposición de esos significados.

Os lo tengo que hacer también ver de una manera muy clara, considerando las lenguas del mundo y los idiomas. No hay una Realidad común. Si la Realidad fuera la Realidad sin necesitar las palabras, los significados, las ideas que se le imponen, entonces tal vez no haría falta creer, no haría falta Fe, ni tendría motivo mucho de lo que estoy diciendo; pero no es así. Las lenguas de Babel no coinciden ni por casualidad en el establecimiento del vocabulario de sus significados, y, por tanto, no coinciden en la Realidad. Cada tribu tiene la Realidad que le corresponde a su idioma, a la lengua de Babel que le ha tocado, y en la medida en que un vocabulario se ha impuesto a una cierta población de forma que crea en él, en esa medida hay una Realidad, y es la Realidad de esa tribu, que no vale para más, que no va más allá. Fijaos que no estoy diciendo que las lenguas no tengan en común algo: las lenguas tienen todo lo importante en común. Todo el mecanismo de la lengua es común. Hay una gramática común. Pero un vocabulario común de significados, no hay, y por eso la Realidad es enteramente idiomática, depende del sitio en que uno caiga y del diccionario que se le imponga, y ése es el fundamento primero de la creencia en una Realidad que no es

más que sumisión de las palabras, las pobres, a este servicio de constitución de la Realidad. Esto a lo mejor no aparece tan evidente para quienes no estáis acostumbrados a tratar con lenguas muy lejanas, de otros mundos, de otras épocas, porque las que hablamos se parecen todas demasiado. Esto se refiere sobre todo a las indoeuropeas, las portadoras de la Cultura dominante, a las lenguas de Europa y sus alrededores en sus partes fundamentales. Lenguas como el alemán, el inglés, el español, que además durante siglos, a través de la escritura, desde el Renacimiento para acá, se vinieron conformando en una sumisión al latín como lengua escrita, como lengua muerta. El resultado es que en nuestros días hasta puede haber traducciones simultáneas en los congresos. Los hay todos los días, y puede haber una señorita que durante un desayuno te esté diciendo lo que el otro señor ha dicho en alemán como si lo hubiera dicho en español. Otra de las maravillas de nuestro progreso. Pero esto, por muy real que sea, no deja de ser mentira. Precisamente el hecho de que nuestras lenguas sean tan parecidas, es justamente lo que hace a ese parecido más engañoso. Es una casualidad. Si nos acercamos a los restos del náhuatl o de la lengua de los zulúes, o cualquier cosa, nos damos cuenta de que aquella pretensión de que había significados comunes y de que por tanto se podía hacer traducción simultánea, no tenía fundamento ninguno. Estáis en un sitio donde el vasco era una lengua que durante siglos, hasta hace dos o tres, permaneció muy extraña a esta corriente general contra la que hablo principalmente: pero está claro que desde el momento en que se llega a constituir como una lengua unificada, no puede menos de copiar en los significados de sus palabras lo que está en la Cultura dominante, porque la Cultura dominante es la Cultura dominante, y las pobres lenguas, aunque tengan la suerte de ser tan insólitas como el vasco, no les queda más remedio que someterse al servicio de esta Cultura, y, entonces, que pueda llegar a haber también desayunos de negocios en los que se traduzca tranquilamente del vasco al alemán y del alemán al vasco. ¡Qué se le va a hacer! Es así. Y si no, la cosa no marcha.

Lo que pasa es que todas estas lenguas que se parecen tanto, sobre todo gracias a la imposición de la escritura y del latín medieval durante mucho tiempo, son las que corresponden a la Cultura dominadora de todas las Culturas (fijaos que estoy haciendo una separación tajante entre lenguaje y Cultura), pero estas lenguas tan parecidas, y sobre todo, que han llegado a constituir una especie de diccionario casi común (no tanto para la vida cotidiana, no tanto para el hablar como se habla en las novelas realistas, pero sí para tratos de negocios, para esos desayunos de que hablaba antes, para esos congresos, sitios en los cuales más o menos ya se sabe lo que se va a decir de todas maneras, porque se va a decir lo que ya está dicho, y para esos fines, desde luego, esa identidad de vocabulario es suficiente y funciona), estas lenguas han llegado a desarrollar un vocabulario relativamente común a todas ellas porque para el dominio, para la dominación del mundo, era preciso una Realidad que tuviera la apariencia de ser la Realidad misma, independiente de la lengua. De forma que eso es lo que hace especialmente venenosa la situación en nuestro mundo.

De hecho, sabemos que la Realidad no es más que idiomática, que depende del vocabulario de la tribu, que no hay un vocabulario común, como sí puede haber una gramática común. La situación que hoy vivimos se hace, pues, especialmente pesada y venenosa hasta el extremo. Hace falta recordar, a pesar de todo eso, que, por muy venenosa que sea la Cultura dominante, la Cultura del Estado del Bienestar que amenaza con conquistar y ocupar el Globo, no deja de ser más que el caso de una tribu con su vocabulario, y que, por tanto, ese vocabulario suyo, de ninguna manera representa la Realidad. Es una Realidad más que, de momento, en la Historia que nos ha

tocado tiene mucho éxito, y da lugar a todos esos prodigios de que al principio os hablaba. No es más que eso. Sigue siendo el vocabulario, la Realidad de una tribu determinada., aunque esté pasando por estos tiempos de triunfo y de gloria tan inusitados.

La Realidad requiere Fe. No hay tal cosa como una Realidad independiente de las lenguas. La Realidad es una creación del vocabulario de una tribu determinada, y, por tanto, requiere creer en ella, y no hay ninguna Realidad sin Fe. En ese sentido os ponía el fundamento de esto que os decía de que se ataca a la Fe simplemente porque es mentira. Evidentemente, si la Realidad de una tribu se limitara a ser esa Realidad, para andar por casa... pero si pretende que es la Realidad, que de verdad aquello no tiene que ver con el vocabulario de la tribu, entonces eso ya es la mentira declarada, y contra eso ya no hacen falta más razones para hablar y para razonar. Salvo que uno esté a gusto en la mentira y no le inquiete la posibilidad de otra cosa.

La Fe, que incluye la fabricación de las Realidades, está fundada en definitiva en el miedo, por supuesto. La primera de las ideas es la muerte siempre-futura, mi muerte siempre-futura; y, en general, puedo decir que, si tengo que creer, es por miedo. Se cree por miedo. Siempre se ha creído por miedo. Se agarra uno a una Fe por miedo. Si luego pregunto, Miedo ¿de qué?, la cosa se vuelve un poco difícil, pero eso no quita para que se pueda decir: "Por miedo". Se cree por miedo, porque uno tiene que defender su propio estatuto personal; porque uno tiene que defender a su familia; porque uno tiene que defender a su nación; porque uno tiene que defender a la Humanidad, porque se teme que, si no, si no se creyera, si se perdiera la fe en uno mismo y en esas instituciones... ¿qué? ¿Que a lo mejor todo se vendría abajo? No es que debiera formularse así, pero, desde luego, alguna forma de miedo hay que rige todo eso: es el miedo el que hace creer, y es el miedo el que hace estar seguro de los saberes. Es el miedo el que nos vuelve prepotentes y miserables al mismo tiempo. Es el miedo el que nos condena de esas formas a la Fe. Tengo que terminar abordando por tanto esa pregunta: Miedo ¿de qué?

Yo sé lo que padezco: sé lo que padecemos; sé lo que se hace sufrir. Es lo que os he estado contando: yo sé los productos de la Fe; yo sé el saber; pero lo otro, lo que habría si no, eso ¡qué coños voy a saber yo! ¿Quién soy yo para saber semejante cosa? Por tanto, tengo que tener miedo de algo que no sé precisamente para defender lo que sé, que es esta Realidad, que es esta Fe. No hay respuesta a ese "¿de qué?". No hay respuesta, porque si yo supiera de qué tengo miedo, entonces resultaría que esa cosa de la que tengo miedo habría entrado a formar parte de la Realidad automáticamente, así fueran fantasmas: si yo dijera: "Es que tengo miedo de fantasmas", dentro ya los fantasmas de la Realidad. Y así todo lo demás. Se cree y se sigue creyendo porque se tiene miedo ¿de qué? Cualquiera sabe. Sin embargo, se tiene miedo, y puedo decir, aunque la palabra sea más bien sospechosa por lo sentimental y lo vaga, que el motor y el fundamento de esta necesidad de Fe de uno y del mundo es una forma de miedo.

Contra ese miedo es contra el que he estado hablando, aunque no os hayáis dado cuenta. Contra ese miedo de lo desconocido. Cuando al principio arranqué diciéndoos que me iba a dejar hablar, sin saber bien qué iba a salir por esta boca, era eso a lo que estaba tocando. Contra la Fe no cabe más que la confianza, y la confianza precisamente en lo desconocido. Naturalmente, para tener confianza en lo desconocido hace falta perder toda Fe. Lo uno va con lo otro. Hace falta perder toda Fe que sea un saber. Pero esto siempre es un deseo razonable: no es ninguna fantasía; no es

ninguna utopía. Se puede perder Fe, y se puede perder Fe en la medida en que se gana confianza en lo que no se sabe. Confianza en lo desconocido.

En primer lugar la confianza es en el lenguaje, cuando se le deja hablar, y quien dice que confía en el lenguaje, como yo he confiado al venir aquí delante de vosotros, quiere decir que está confiando en lo común, en lo que quede de popular en la gramática de la lengua que está empleando en su razonamiento. No en sus significados, no en sus ideas, que a pesar de todo tienen que acompañarla, pero sí una confianza en su mecanismo, en sus funciones, en la razón común, que está contra todas las ideas. La razón común que descubre la mentira de una idea tras otra idea, de una Fe tras otra Fe. Se confía, por tanto, en algo que no tiene nombre y que no se sabe, a lo que apenas puedo aludir con términos como esos: se confía en la lengua común, en la razón común, se confía en el pueblo, se confía en eso que nos queda de niño por debajo de nuestra formación de hombre, se confía en lo que queda de pueblo en las poblaciones por mucho que las hayan reducido a ser pueblos con una denominación y con una marca, se confía en las mujeres por mucho que las hayan convertido a ser mujeres de un hombre y a aceptar por tanto la Realidad, se confía en cualquier cosa que nos quede viva por debajo de toda esta muerte que os he descrito.

Se confía, en suma, en todo lo que no sabemos, en lo desconocido. Para poder confiar en ello, desde luego, hace falta perder toda ilusión de que la Realidad no necesite Fe; por eso me he centrado en ello. La Realidad necesita Fe, y por tanto la Realidad no es todo lo que hay. Aparte de la Realidad, que sabemos, o que la Ciencia sabe, o que los Doctores saben, o que los ideólogos políticos saben, o que los directores de marketing saben, aparte de la Realidad, hay más que no se sabe, hay más desconocido, sin fin. De manera que basta con descubrir el carácter limitado y necesariamente sometido a la Fe de la Realidad para que esa confianza en lo otro, en lo desconocido, pueda seguir actuando. Ésa es la manera en que os presento esta contraposición entre una confianza de lo que no se sabe, frente a esa Fe, contra la que hemos estado hablando, en lo que sí se sabe. Y de esto es de lo que os propongo que sigamos hablando un rato si algo os surge por esas bocas, lo mismo si es realista que si es lo contrario, lo mismo si nace de la Fe que si nace de un común sentimiento de pérdida de Fe.

VOZ.- Yo es la primera vez que estoy en una tertulia. He llegado tarde a la conferencia. Lo que me ha llegado mucho es lo de confianza en lo desconocido, eso me ha tocado muy fuerte. No sé espresar mucho con palabras, pero me gustaría si pudieras poner en palabras cómo registras en ti esa confianza en lo desconocido más allá de las palabras, incluso corporalmente o...

AGC.- Me propones algo que tal vez yo no debía acceder a hacer, porque ya con lo último que he hecho al final de mi conferencia, he hecho tal vez un poco demasiado, porque he hablado de algo de lo que no se puede hablar, frente al resto y al grueso de la conferencia, que se ha dedicado, como es debido, a hablar de lo que se sabe; porque de lo desconocido ¿cómo se puede hablar sin convertirlo en algo conocido? Ése es el problema. Sin embargo, sigo, según tu incitación, acumulando ejemplos. Éste es uno. Éste de la palabra es uno. Yo cuando era muchacho, y tenía más Fe, creía que tenía que preparar las conferencias, no sólo las filológicas, sino las políticas y todas, y tenía que saber de antemano qué es lo que iba a decir. Creía mucho en el futuro, como está mandado. Y, a fuerza de perder cantidades de Fe, no digo toda, he llegado a esta situación en que puedo venir más o menos a cualquier sitio con esa confian-

za de que, si abro la boca, va a hablar por mí alguien que no soy yo, puede hablar por mí alguien que no soy yo, sino que es la lengua común que está en mí. Este es un ejemplo de los más elementales de confiar en lo desconocido. Porque la lengua común tiene esa virtud de que está ahí, la hay, pero las personas no la conocen. Nadie sabe cómo es el aparato de la gramática de su propia lengua: ella habla a través de él. Es un buen ejemplo de cosa evidentemente presente y desconocida, como otro ejemplo es la evidencia de la infinidad en la que todo se pierde, que está ahí, que la hay, pero que es desconocida por ciencia ni por fe ninguna. Ésa es la cosa. Otras formas en que esta confianza en lo desconocido se manifieste tal vez se podrían citar, pero hay que insistir sobre todo en lo negativo: solamente se pueden producir acciones, ya no sólo palabras, sino hechos, que no estén condenados a servir a la industria, al comercio y al régimen, en la medida en que uno deja, aunque sea por breves momentos, de saber para qué está haciendo aquello, y sin embargo lo hace. Todo el mundo tiene alguna experiencia de esto: normalmente está condenado a cumplir un programa, a saber qué es lo que va a hacer, está condenado a la Fe, que implica futuro, pero de vez en cuando uno se sorprende haciendo cosas que no sabe por qué las ha hecho, y esa es otra muestra de algo que puede surgir de una confianza en lo desconocido, en aquello que hay en nosotros que no se sabe. Que en nosotros hay algo que no se sabe, algo aparte de la Persona, es un descubrimiento que a lo largo de los siglos nos lo han hecho muchas voces: la de Jesucristo en la cruz, diciendo: "No saben lo que hacen"; la de Freud mismo, descubriendo, de una manera pertinente, cómo en uno hay cosas que no son uno, y que, sin embargo, actúan. De vez en cuando sucede eso: frente al aburrimiento y la tristeza de hacer lo que uno ya sabe por qué y para qué lo hace, qué programa cumple, al lado de esa tristeza y rompiéndola de vez en cuando, tú y cualquiera tiene la sensación de momentos de alegría y de abandono en que ha hecho algo de lo que de ninguna manera podría dar cuenta, y que a lo mejor así ha resultado de distinto y de rompedor. Cuando uno se dedica a hacer por ejemplo eso que muy denigrantemente llaman poesía, uno aspira justamente a eso: a dar con una situación en que uno se quita de en medio, y en que deja que le salgan palabras que podrían ser de cualquiera, comunes. De forma que por muy prepotente que sea el Imperio de la Realidad, efectivamente, por todas partes hay roturas, y de vez en cuando, frente y contra a la Fe en lo sabido, se manifiesta una cierta confianza en lo que nos queda de vivo, de niño, de pueblo, y esa confianza a veces habla y a veces hace, también. Pero no nos pongamos positivos, porque ésa es la tentación: lo importante es, como siempre, lo negativo.

VOZ.- Esa confianza en lo desconocido ¿es también una Realidad viviente?

AGC.- No. Está ahí. 'Realidad' es lo que se sabe y lo que se cree. O sea: que Realidad de ninguna manera. Si efectivamente has llegado a ver que Realidad es algo que sólo se sostiene por la Fe, a eso no lo puedes llamar Realidad nunca.

VOZ.- No. Yo le digo si esa confianza en lo desconocido es real en uno.

AGC.- No. Real, de ninguna manera. Lo que le pasa es que está ahí. Real no puede ser...

VOZ.- Pero si hay confianza...¿Hay confianza o no?

AGC.- La hay.

VOZ.- Entonces ¿existe o no existe eso?

AGC.- No existe: lo hay.

VOZ.- Bueno, pero ya es juego de palabras.

AGC.- No. El juego de palabras es muy importante aquí. 'Existe' es un verbo que inventaron para Dios, y por tanto debes guardarte mucho de él. Lo inventaron para Dios y para la creencia en la Realidad, pero "lo hay", eso es de la lengua popular. Lo hay, y no existe.

VOZ.- Bueno, lo hay. Estupendo. Si lo hay, entonces es verificable, costatable por uno.

AGC.- Si. Yo te he tratado de dar alguna sugerencia de cómo se produce, a pesar de todo, a cada paso, de vez en cuando. Pero no para que creas en ello, sino para recordarte...

VOZ.- No, si estoy contigo en lo que dices, totalmente.

AGC.- Simplemente recordar lo que puede haber entre tus experiencias y las más de común, de momentos de rotura en que algo de eso se manifiesta. Notad, ya que ha salido de paso eso, fijaos en la evidencia de la sinfinidad. Estamos metidos, perdiéndonos en lo sin fin. Por tanto, eso de lo sinfín, lo hay, no hay quien nos lo quite, pero real, existir, para nada; por más que la Ciencia se esfuerce en convertir lo infinito en algo real, no. Y así en todo aquello que, en mi presentación, puedo decir que lo presento contra la Fe: algo que merece la pena: ese sinfín, esa presencia también de una razón común, eso que queda en uno, pero que no es de uno; todo eso lo hay, pero tiene la gracia de que no existe, no se ha hecho real, y por eso, porque no se ha hecho real, puede meterse contra la Realidad.

VOZ.- Para mí por ejemplo, que empleo muy mal el lenguaje, para mí la Realidad no es real. Para mí la única Realidad que existe es la mía, lo que yo siento; porque muchas veces te preguntas por la Realidad exterior, que no es mi Realidad. Mi Realidad para mí es lo que yo siento. Tu Realidad es como si estuviera en otro planeta. La Realidad es la mía, la interior. La llamo Realidad, pero no es la Realidad, que ésta no es real para mí.

AGC.- Esta mañana hablando con un par de los chicos de Arteleku surgió esta confusión. Conviene insistir en ella. Pregúntate: ¿por qué diablos me empeño yo en guardarle a la palabra 'real' ese prestigio, que evidentemente le guardas? Como si quisieras decir que esa Realidad que desprecias, ésta no es la Realidad verdadera, creyendo que hay otra, que es la Realidad verdadera. "Tuya" no la llames, porque, si no, estamos perdidos, estamos ya en la posesión. No. A lo que no es real hay que llamarlo "no real". Puedes decir lo que hemos dicho antes, que lo hay, que tú no estás conforme del todo con el personaje, pero real no debes llamar a nada más que a la Realidad, porque, si no, te armas un lío. Real no debes llamar más que a la Realidad. Luego

puedes decir que hay más, que hay otra cosa, y eso es de lo que estamos aquí tratando de ver de vez en cuando sugerencias.

VOZ.- Quería contraponer un poco las palabras de Jesús cuando manda andar sobre las aguas a los apóstoles: porque él andaba, y ninguno quiere atreverse a aquello, y dice: "Hombres de poca Fe, ¿de qué teméis?". De alguna manera ahí se plantea la cuestión de lo desconocido y como una función en que la Fe tiene que ver más con lo desconocido que con lo conocido. Y esto se enlaza con aquello de Unamuno cuando hace un verso sobre el Sicoanálisis y habla sobre Freud, al final acaba diciendo: "Cónócete, mortal, más no del todo".

AGC.- No nos vamos a meter en la historia de la palabra 'Fe', que, por otra parte, en el libro De Dios ya la he recorrido mucho, en griego o en latín y en hebreo. Las confusiones que se han producido, en esto que he contrapuesto de la Fe y la confianza son interminables. Está claro que, si leemos bien lo del evangelio, respecto a las aguas, ahí de lo que se está hablando es de una falta de confianza por parte de los apóstoles, que, evidentemente, quiere decir una creencia en la Realidad. ¿Qué es lo que impide que uno ande sobre las aguas? Pues que sabe la Ley de la Gravedad, y, como le decía Brassens a aquella señora que se había caído de culo al hacer la reverencia a los reyes: "*La loi de la pesanteur est dure, mais c'est la loi*": "La Ley de la gravedad es dura, señora, pero es la Ley"; y justamente es eso lo que no le deja a uno andar sobre las aguas. Si uno perdiera la Fe, automáticamente habría ganado la confianza, que en ese pasaje parece que Jesucristo pide.

VOZ.- Siguiendo con el tema de la Realidad ¿Qué tiene que ver la Realidad con la mentira?

AGC.- Es la mentira. He tratado de mostrar que la Realidad es esencialmente falsa, que no hay ninguna Realidad verdadera. Cuando a esta mujer antes le decía que no llamara real más que a lo real, estaba diciendo eso. La Realidad no es más que la mentirosa. Es mentira: por eso necesita Fe: si no, no tendría fundamento decir que requiere Fe. Todas las ideas son mentirosas. Antes lo he dicho en el nivel más elemental hablando del vocabulario semántico de las lenguas de Babel: la creencia de que el significado de alguna manera coincide con la cosa que está fuera del significado. Ahí está la mentira de la manera más patente. No es verdad. Cuando a un grillo se le está haciendo 'grillo' en lugar de hacerlo 'escarabajo' se le está denominando mentirosamente, y no hay otra manera de denominar más que mintiendo, y esto era en el nivel más elemental: imagínate si vas más para arriba.

VOZ.- Y eso de que sólo la verdad y la mentira es lo que se dice de la Realidad, eso ¿qué es?, entonces.

AGC.- No sé si te sigo bien.

VOZ.- Creo entender que la Realidad es la mentirosa. Yo pensaba que la mentira o la verdad es aquello que se decía de la Realidad.

AGC.- En eso tienes razón. Si la Realidad no dijera nada de sí misma, yo no tendría derecho a llamarla mentirosa, porque (esto es una cuestión de lógica elemental) 'ver-

dad' y 'mentira' son cosas que se refieren a las proposiciones o predicaciones. De manera que a una Realidad perfectamente muda no tendría yo derecho a llamarla mentirosa. Pero es que no es así. Es que la Realidad no es muda. La Realidad se presenta diciendo de sí misma que es la Realidad, y que es esta cosa y la otra cosa, y que es esta persona y la otra persona, y esta nación y la otra nación. La Realidad está siempre proclamándose a sí misma Realidad, y, desde ese momento, ya, a esa proclamación de la Realidad, que no es de verdad muda, a ésta le puedes decir: "mentira. Es mentira. No es así." Ya puede usted hablarme de hombres y mujeres: sólo con denominarlos, ya está mintiendo. Si después hace predicaciones respecto a sus relaciones amorosas, sexuales, familiares, etc., sus mentiras se van multiplicando una detrás de otra y, entonces, a cada una de ellas puedo decirles: "mentira". Sí, efectivamente, eso has hecho bien en decirlo. No haya engaño: si la Realidad fuera muda, nada habría que decir contra ella. Contra lo que no se proclama verdadero no se puede decir "mentira", pero es que la Realidad pretende ser Ella una Realidad verdadera, y os lo proclama y dice todos los días, por todas partes, pero de manera eximia por los órganos educativos: por la Televisión. ¿Qué otra cosa es la Televisión más que un sermón constante que os está diciendo, afirmando, la Realidad, que está reafirmando todos los días vuestra Fe? Es una Realidad que es siempre elocuente: está siempre mintiendo, por eso se le puede decir "mentira".

VOZ.- Entonces, llamarle Realidad al sentir de cada uno ¿sería verdad?...

AGC.- Nada de eso. Llamarlo Realidad es someter el sentir de cada uno (como suele hacerse) y convertirlo en una Realidad personal, por ejemplo, subjetiva, pero Realidad igual que las otras. No. Por eso conviene decir: "No sé qué me pasa, que por debajo no me lo acabo de creer", cosas por el estilo, lo más vagas posibles; porque si uno empieza a creer en la Realidad de su propio sentir, de su corazón, mal: lo está sometiendo a la Realidad.

VOZ.- Entonces, llevas tú también una hora mintiendo, ¿No?

AGC.- A ver ¿Cómo es eso? ¿Cómo lo enlazas?

VOZ.- Eres real tú, diciendo algo que yo estoy muy de acuerdo contigo, pero también, cogiendo del hilo, llevas tú también una hora mintiendo.

AGC.- Puede ser. Yo no digo que no: sería muy presuntuoso; pero desde luego tampoco puedo decir que sí. Eso, de ninguna manera. Porque eso querría decir que tú piensas que soy un tío perfectamente hecho que sé lo que digo y que, como sé lo que digo, miento; pero, amigo, puede que no. Puede que yo no esté tan seguro de mí mismo, y puede que a lo mejor entre las cosas que digo haya algunas que no mientan, que no nazcan de mí. Si tú estuvieras seguro de que todo lo que he dicho nace de mi Persona, que son mis ideas, que vengo aquí a predicar, o cualquier otra cosa, entonces, por supuesto, tendrías toda la razón: no he hecho más que mentir. Pero es que no tienes derecho a pensar de mí tan mal.

VOZ.- Entonces es muy subjetivo todo ¿no? Lo que a ti te parece que está bien, es cierto, y lo que no, es mentira. Es muy relativo todo ese tema, porque entonces todo depende, la verdad o mentira, si tú la crees o no.

AGC.- No. De ninguna manera. Eso es la Democracia. Me estás diciendo todo lo contrario de lo que yo he dicho

VOZ.- Yo en la Democracia no creo.

AGC.- Sí: la Democracia cree que la Realidad verdadera es la que se obtiene sumando las opiniones y pareceres de cada uno de los individuos. Es todo lo contrario de lo que me has oído decir. Algo puede haber en mí de común que, por tanto, no mienta, pero en cuanto yo personalmente dijera lo que a mí me parece, lo que me gusta, mi opinión, se acabó. Por debajo de los gustos y las opiniones personales puede que haya algo de común, y que eso no mienta. Puede, y yo no me puedo atrever a afirmarlo, pero tampoco puedo afirmar lo contrario. Puede que haya a través de mí algo de común que no mienta, pero, desde luego, mis opiniones, mis gustos personales y todo eso, perfectamente real y mentiroso.

VOZ.- Yo voy a procurar espresar un desacuerdo, como lo ha intentado antes una mujer. A mí no me suena lo mismo la formulación de la Fe que has hecho para espresar la situación actual, diciendo que se cree en lo que se ve, y la antigua, que era creer en lo que no se ve. En la segunda formulación hay más misterio, hay un enigma, por lo menos. Entonces, recapitulando un poco el hilo de tu esposición, la contrafé que planteas lo primero que concluyo yo es que es apocalíptica. Lo primero que uno tiene que asumir es ese carácter... negativo, lo llamas tú. Me parece que por lo menos llevando a sus extremos esa negatividad, es destructiva ¿No? ...

AGC.- Lo de apocalíptico habrá que aclararlo, porque yo, eso no ...

VOZ.- Voy a acabar porque se me acaba el hilo. Aquí lo que estamos esperando los que estamos escuchando, o lo que se desearía, sería encontrarse con eso que hay y no estar mencionándolo, que es lo que una y otra vez se está haciendo, que es lo único que se puede hacer mientras se intente saber acerca de ello. O sea, uno quisiera encontrarse ahí un pescao y comérselo, y tú nos intentas decir que ese pescao no se puede comer, como en el cuento de Las Mil y Una Noches, pues se convierte en princesa, que la princesa nos lleva a palacio, etc.

AGC. Ya. No sé. Voy a intentar entender que las varias cosas que has dicho (como sin duda sucede en tu intención) tienen que ver, están enlazadas. Pero, claro, tengo que tratarlas un poco como las has dicho, sueltas. En primer lugar la diferencia que tú crees ver entre la Fe de las pasadas formas de religión y de la actual no tiene fundamento. Yo vuelvo a recordar las palabras del catecismo del padre Astete: "¿Por qué lo creéis? -Porque Dios nuestro Señor así lo ha revelado y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña". ¿Qué diablos de misterio hay ahí? Eso está perfectamente sabido. Son instituciones bien definidas las que dictan la necesidad de la creencia: es esactamente lo que pasa hoy día: ¿Por qué lo creéis? -Pues porque Dios nuestro Señor así lo ha revelado y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña. A la aplicación, apenas hace falta cambiarle las palabras. Antes os he recordado cómo el Régimen está cada día, por la televisión y demás, imponiendo esta creencia en la Realidad. Es, efectivamente, como una especie de revelación del Señor. 'El Señor' aquí no quiere decir nadie misterioso. 'El Señor' es el Señor, el que manda. Nada de misterios. No vayamos a equivocarnos. Y el Señor

lo revela y lo predica y lo impone, y la Santa Madre Iglesia, es decir, el Estado del Bienestar, constituido en la Democracia desarrollada, así nos lo enseña, y no hay más narices, ni en la Fe antigua ni en la actual. La situación es la misma. Había esa pequeña diferencia de verlo o creer que se ve. No tiene importancia.

En cuanto a lo del pescadillo que no se puede comer, la verdad es que se me ha escapado un poco de entre las manos el dicho pescadillo. La verdad es que, si yo dijera que sólo las pescadillas reales y que tienen su precio se pueden comer, tendrías razón. Pero yo no he dicho eso. Yo sé que las pescadillas que de ordinario se comen son las reales y las que tienen un precio en el mercado, pero de vez en cuando le puede suceder a uno comerse un pez que no ha comprado y que a lo mejor ni siquiera sabe cómo se llama. Puede suceder. De manera que no sé muy bien por dónde va eso.

La cuestión de lo apocalíptico de esto, ya digo que no lo entiendo. En lo demás sí, tienes razón: esto es destructivo, y además conviene aclarar que lo destructivo y lo negativo es lo único que yo puedo sentir como activo, como haciendo algo que no sea lo que ya está hecho. Si me pongo a ponerlo positivo, si me pongo a caer en la cosa de presentar alternativas y así, pues ¿qué estoy haciendo? La triste labor de someterlo a la Realidad y, por lo tanto, que no se haga nada más que lo que ya estaba hecho de antemano, a colaborar con los ejecutivos. A eso conviene no tenerle miedo: si uno ha llegado a sentir, en lo que le queda de común, la falsedad y el horror de la Fe que se nos impone, está claro que no puede ya tener ningún reparo frente a la negación y la destrucción. Él sentirá bien que la destrucción, en ese sentido, era siempre una destrucción de la destrucción, una destrucción de la condena. Que aquello a lo que estamos condenados, esa Realidad, eso es lo que de verdad mata, y que, por tanto, cuando se habla contra lo que mata, tal vez se está haciendo algo distinto; en todo caso, no se está colaborando a la matanza.

No sé. Supongo que cuando lo llamabas apocalíptico es porque te hacías imaginaciones históricas y eso, que no tiene mucha importancia. Pero evidentemente lo único activo es lo negativo. Sólo la negación, solo el 'no', que es la más popular de todas las palabras de todas las lenguas del mundo, sólo el 'no' es el que de verdad actúa. Todo lo demás ya son componendas, cosas de la Realidad, reconstrucciones para ir tirando.

VOZ.- Se me ocurre una cosa que aclararía bastante toda esta cuestión, porque lo lleva a un terreno exagerado o paroxístico, que es esa cosa que es la Realidad de las Realidades, que es el Dinero, que siendo su esencia falsa por naturaleza, su Realidad consiste en la Fe, al unísono, de todo el orbe, por lo menos del orbe del Bienestar, que dice que es verdadero, que es el que mueve la Realidad, que es la Realidad.

AGC.- Haces bien en sacarlo. Yo no he hablado de otra cosa en todo el rato, pero no lo he mencionado ni una vez, creo, porque de lo que he estado hablando es del Dinero. He estado hablando de otras apariciones que parecía que no eran dinero, pero, en verdad, por debajo, o por encima de todas ellas está ésta: la Realidad de las Realidades, el *ens realissimum*, como decían de Dios en las teologías medievales: el Dinero, que, Realidad de las Realidades, sólo por vuestra Fe continua se sostiene. Imaginad que por un momento muchos de vosotros (no voy a decir la mayoría democrática, sino simplemente muchos) dejaran de creer en el funcionamiento de la Banca, en el crédito, en la producción de las inversiones, en las pensiones, en los salarios, que dejaran de creer que eso es necesario para vivir, que no hay ninguna otra ocupación más real que la de hacer cola en un banco para ver si le cobran un cheque o enterarse si le han ingresado la paga del mes que viene. Si muchos dejaran de creer en eso ¿En

qué se iba a sostener el Dinero, si no tiene ningún otro sustento, si el Dinero es sublime, es inmaterial, es la cosa más impalpable que hay? ¿Dónde diablos está el dinero? No vayáis a creer que dinero son las perrillas que os dan para tomaros un café, o eso. No. El Dinero es ése que figura en la Red Informática Universal por miles y millones de dólares o de euros o lo que sea. Ése es el Dinero, y no tiene el menor átomo de materia. Fijaos cómo os engañan cuando a lo mejor a muchos os siguen haciendo decir que las cosas dinerarias es lo material, y os quieren contraponer eso de lo material a otra cosa que sería lo espiritual. ¡Qué trampantojos os preparan! No hay cosa más sublime, más inmaterial que el Dinero; y por eso es la Realidad de las Realidades; y por eso requiere la Fe como única condición. Si a muchos de vosotros os sucediera eso, que empezarais a dudar y a dejar de creer en el Dinero, en su naturalidad, en su necesidad, pues se hundiría. El Imperio se hundiría sin más, porque no tiene ningún otro sostén: no tiene más que lo que Ellos llaman, la Banca misma llama, el crédito, que es la Fe. El Dinero de verdad no es más que crédito. Efectivamente, la cosa no puede estar más clara en ningún sitio que ahí. Yo he preferido hablaros de todas las otras formas de la Realidad, pero la Realidad de las Realidades se manifiesta bajo esa cara de Dios que hoy tenemos: el Dinero, tal como os lo he presentado.

VOZ.-Se me ocurría que, curiosamente, había una moneda que se llamaba el real. Igual tiene...

AGC.- Es una condenada coincidencia. Se llamaba por el rey y no por la Realidad.

VOZ.- A ver si me aclaro: estamos intentando pescar un pez que está por ahí, que es la confianza...

AGC.- Pescarlo, no: que nos pesque.

VOZ.- Antes has hecho una especie de genealogía de la Fe, desde dónde viene o qué pasos o qué papel ha tenido en la historia ...

AGC.- Muy imperfecta. He recordado algunos de los horrores principales de la Fe. No tanto como una genealogía.

VOZ.- Y un poco para darle un poco más de forma (no sé si hace falta darle forma) a esto de la confianza, saber si existe también una genealogía de la confianza. Si es una lucha eterna del bien y el mal, o sólo hoy en día podemos saber lo que es la confianza, o existe desde siempre, o antes era más y ahora es menos o...

AGC.- No. Evidentemente, no. Si estoy contraponiendo una confianza en lo desconocido a una Fe en lo conocido, ni genealogía, ni Historia, ni nada. Pienso que siempre, desde el comienzo de la Historia, ha habido esta lucha entre una imposición de la Realidad y una falta de Fe, escepticismo, duda popular que seguía latiendo por lo bajo: cuento con que la ha habido siempre, por debajo de los imperios y todo lo demás, y esto se refiere a la Historia, que es lo que propiamente sabemos, y que no es mucho, que son nada más un siglo de siglos, unos diez mil añitos, teniendo en cuenta que hasta los científicos piensan que hace más de quinientos mil que hay gente hablando por el mundo. La Historia es una cosita de nada: diez mil añitos. desde que hay un Poder Constituido. Yo cuento con esta lucha. Antes, fuera de eso, lo mismo que antes dije res-

pecto al niño que uno le queda, hay más, que no es Historia, que de alguna manera sigue viviendo, pero tengo que limitarme a hablar de lo sabido, que son esos diez mil años de Historia, y, desde luego, a lo largo de esos diez mil años no cuento con que haya cambiado nada importante, sino en el sentido del progreso, o sea, para que el Señor imponga su poder de maneras cada vez más aplastantes, pero que nunca lo son del todo, porque sigue siempre viviendo por debajo de las personas algo de común, algo de gente, algo que puede decir "no".

VOZ.- El hecho de ver o de costatar la mentira de la Realidad o el darse cuenta de ello ¿no es real?

AGC.- De por sí no es real. El trance de por sí no es real. Ahora, luego lo puedes coger y decir: "Hombre. Mira lo que ha pasado".

VOZ.- No. "Mira lo que ha pasado", no. "Mira lo que está pasando ahora mismo" se puede costatar.

AGC.- No. Lo que está pasando ahora mismo, mientras está pasando no se deja mencionar...

VOZ.- ...pero es costatable *in situ* ahora mismo...

AGC.- *A posteriori*.

VOZ.- No. *In situ* ahora mismo, es costatable la mentira de la Realidad.

AGC.- No. Cuando tú está diciéndole no a la Realidad ...

VOZ.- Ahora mismo, aquí, ¿es costatable o no la mentira de la Realidad?

AGC.- Pero "ahora mismo" ¿qué quiere decir? ¿El rato que llevamos aquí o cada frase que estas diciendo?

VOZ.- Claro, la palabra ya es pasado, cada vez que digo... Pero ¿es costatable más allá de las palabras?

AGC.- Ésta es una cosa que conviene formular para cualquier forma de hablar que tiene la confianza de ser denunciador, negativo de veras: mientras está diciendo no, mientras está actuando, ni es costatable ni se sabe nada de él; pero, por desgracia, luego también a eso se le puede convertir, con mala intención, en algo costatable, en una doctrina, y decir: "Fulano, este rato, nos estuvo haciendo una denuncia de la Realidad y tal..." Para actuar contra la Realidad, para decir no, el no tiene que venir de fuera.

VOZ.- Yo digo costatar la mentira de la Realidad.

AGC.- Costatar, solo *a posteriori*.

VOZ.- No. Eso son las palabras, pero en sí hay un hecho de costatación.

AGC.- Eso es que eres un poco modesto. No es costatar, es hacer. No lo llames costatar. Eso es hacer. Decir que no, es hacer. Tal vez sería un poco estéril que sigamos con esto. Evidentemente a esto se aplica lo mismo que he dicho de lo que hay y que no existe. En general: la acción de declarar, descubrir la mentira de la Realidad, es una acción que se da, está ahí, pero no es real, porque si no, ¿cómo podría, desde dentro de la Realidad, atacar la Realidad? Si la ataca es que la ataca desde fuera. No es real. Está ahí, sin embargo.

VOZ.- Yo no digo que ataque. Yo digo que en sí, es real.

AGC.- No. La acción que va contra la Realidad no puede ser real. Sólo gracias a que hay más, fuera de la Realidad, tiene sentido que digamos esto.

VOZ.- El decirlo, sí, pero el costatar o el hecho de evidenciarlo, en sí, acoge incluso la misma negación de la Realidad.

AGC.- No. Ahí te armas un poco de lío. Tal vez están un poco impacientes los demás por seguir. Adelante.

VOZ.- Sobre esto que has comentado de la confianza en lo desconocido y la Fe que constituye la Realidad, cuando tú hablas de lo de reducir lo desconocido a lo sabido, y así se acaba constituyendo la Realidad, ¿eso podría ser, por ejemplo, el trabajo que hace (antes has mencionado a Freud) un psicoanalista al reducir eso que no se sabe a cosas, digamos, racionales y estudiables?

AGC.- Sí. Se puede decir además de diferentes maneras. Se puede decir de la historia del Psicoanálisis en general, que, efectivamente, ha convertido los descubrimientos, que ligamos con el nombre de Freud, en algo positivo, ha venido lo que era descubrimiento de la mentira del alma personal, a convertirla en procedimiento de reintegración de dicha alma, o sea, todo lo contrario; y luego tal vez se puede decir de cada psicoanalista, pero eso ya es otra cosa distinta, porque un psicoanalista puede hacer eso, puede obedecer a eso, pero puede quedarle también algo de honradez por lo bajo, a pesar de este destino al que la historia de su propia profesión le condena, de manera que es tal vez mejor decirlo así, en globo, respecto a la Historia del Psicoanálisis de Freud para acá. Y además añadir que en Freud mismo está ya la perversión, porque Freud, de vez en cuando, se pone positivo también. También empaña o estropea su obra de descubrimiento.

VOZ.- Tenía cuerpo el Dinero. Freud... [No se oye el resto]

AGC.- Eso es el descubrimiento de la identidad entre el dinero y la mierda. Es uno de los descubrimientos más penetrantes, porque precisamente ataca a esa Realidad de las Realidades que es el Dinero. Pero no confundamos: el niño, efectivamente, dice Freud, hace la primera transacción comercial con sus padres al ofrecerles, después de un periodo de estreñimiento o de trastorno intestinal pertinaz, su mojoncito de cagada bien hecho a los padres y llenarlos de satisfacción, y ahí está claro que lo que se da no es la mierda en sí (que para ésa no hacía falta ser un niño siquiera, se podía ser un animal cualquiera, un burro), sino la conversión de la mierda, justamente, en algo que

funciona como un instrumento de transacción, para la relación con los padres, y que, por tanto, representa, de alguna manera, al dinero, y él mismo lo relacionaba con los cuentos que se dan por todas partes del burro cagando monedas de oro y cosas por el estilo. Evidentemente, la relación está muy clara, pero eso no le da al dinero ningún cuerpo.

VOZ.- Un actor o una actriz que se pasea por la Concha estos días ¿no está haciendo lo mismo? ¿No está creando valor económico? Es un cuerpo, es Dinero.

AGC.- Eso es de las maneras más esplendorosas; lo cual no quiere decir que no lo hagamos todos en la vida cotidiana, pero para eso están los estrellas y los artistas, para mostrárnoslo además en formas esplendorosas, para mejor aleccionamiento. El Régimen es prostituto por esencia. El Régimen del Bienestar está fundado en la prostitución, y prostitución justamente quiere decir cambio por dinero.

VOZ.- Lo que quiero sugerir es que, visto desde esos ejemplos, el dinero no es tan abstracto, es muy físico.

AGC.- Completamente abstracto. Prostitución quiere decir abandono de aquello que podía haber de palpable, incluso hasta de deleitoso, cambiado por Dinero, que es abstracto, y que, por ser abstracto es la Realidad de las Realidades. Prostitución quiere decir eso. No quiere decir que se trate ahí del cuerpo o de los deleites de una puta: se trata de la transacción, de que aquello está equiparado con un pago y , en ese sentido, convertido en Dinero. Eso no le da al dinero el cuerpo de la prostituta ¿Para qué? Al contrario: define la prostitución como el cambio de algo palpable, sensitivo, o algo que podía serlo, por algo que ya es sabido: la cuenta en el Banco, los números, lo abstracto.

VOZ.- Hasta el mismo dinero es mentira: unos papeles...

AGC.- No, "hasta el mismo dinero", no; el Dinero es la mentira de las mentiras, por eso es por lo que necesita tanta Fe. Mucho menos que papeles: eso es para andar por casa. He citado las cifras de la Red Informática Universal cruzándose en los mercados de Tokio a Melbourne, eso si que es Dinero y no tiene cuerpo ninguno ni la menor apariencia; por eso necesita tanta Fe. No se sostiene más que por Fe, por crédito.